

LA EDUCACIÓN EN EL PERÚ DEL NOVECIENTOS¹

Si bien la religión ha tenido siempre características de una presión secreta, de una influencia sentimental y casi subconsciente, la educación en sus avances quiere formar una clara conciencia de la nación. Desde la independencia, las primeras Constituciones establecían la educación obligatoria, la protección del Estado sobre las escuelas, la difusión de lo que los revolucionarios llamaban «las luces de la razón». Su esfuerzo fue siempre inconstante, irregular, sin método ni ideal nacional. El modelo de educación clásica francesa fue el molde uniforme; durante los primeros años de la República se quiso seguir el sistema Lancaster en las escuelas normales. La imitación fue —desde todo punto de vista— excesiva, sin considerar la psicología nacional, sin experiencia y sin un plan reflexivo y científico: copia de programas, traducción de textos e inclinación pasiva. No se hizo adaptación ni depuración. Privada de esta selección, la educación cambiaba, cada cinco años, de plan y sistema, marchando sin objetivo ni lógica, titubeante, en perpetuo verbalismo. Tuvo grandes defectos: la pasividad que favorecía la pereza de la raza; la uniformidad, que olvidaba las diferencias étnicas, la diversidad del territorio y aun la variedad de climas; la ausencia de carácter educativo; la imitación francesa, sin método ni objetivo.²

Tras titubeos y la dirección desarticulada de la educación republicana, en 1876 apareció un reglamento preciso, completo y novedoso en

¹ Extraído de *Le Pérou contemporain*, París, 1907, cap. V. Utilizamos la traducción de Mari-Blanca Gregori de Pinto para la edición de Lima, 1981 (pp. 218-226). [THM]

² Además de la influencia francesa, hemos tenido maestros alemanes que han dirigido la educación de algunas generaciones distinguidas. Éstos son Contzen y Leicher. El primero era un erudito, un profesor de gimnasio; conocía a fondo la literatura y las ciencias. El segundo fue un verdadero maestro, con orientación pedagógica. En sus escritos tiende hacia la educación del carácter y tiene un sentido kantiano de la moralidad y del deber.

sus planes, el que dio un carácter definitivo —de tipo francés— a los colegios.³ Era la primera imitación científica, aunque excesiva y verbal, de un gran plan europeo. Debido al carácter de asimilación y análisis del peruano, esta educación de base latina era una gran reforma. Pero se necesitaban maestros que buscaran y aplicaran el espíritu de los nuevos programas. Dominaba un cierto fetichismo por la ley, el texto y el programa. La instrucción, que antes de este reglamento era débil y superficial, se tornó integral y enciclopédica. Estas características favorecieron las inclinaciones viciosas del país: la vanidad, la retórica, la improvisación sin disciplina ni esfuerzo. Desde entonces, al cambiar los programas dando nuevas orientaciones al memorismo reinante, creíamos progresar en las ciencias de la naturaleza y de la vida. En vez de cerebros bien formados, hubo cerebros llenos, grandes máquinas de palabras. Comprendimos, al revés, el profundo consejo de Montaigne.

Después de veinticinco años de esta orientación, un cambio en la opinión, costumbres y dirección de la vida nacional impuso, no sin esfuerzo, nuevas modalidades en la educación. En 1901, una nueva ley para los colegios, debida a la sabia iniciativa del profesor Deustua, se acercaba a la instrucción secundaria norteamericana de las *high schools*. Las corrientes económicas e industriales, más seriedad y menos retórica en la vida, un sentido más agudo de la realidad, el horror a una pseudo-ciencia audaz y estéril, eran los elementos que se conjugaron en esa ley reformista. La oposición para que se aplicara fue encarnizada. No se quería renunciar al enciclopedismo, se quería saber y experimentar todo, sin un verdadero sentimiento de profundidad y verdad. El antiguo sistema escolar exigía seis años para aplicar programas amplísimos. El nuevo sistema reducía esta instrucción a cuatro años de preparación común y dos de especialización, la que se realizaba en las Facultades de Letras o Ciencias, según profesiones o inclinación. Asimismo, el estudio escolar quedaba restringido a los grandes principios, a la ciencia necesaria, a las generalidades que permanecen como semilla en un espíritu formado en la crítica, el análisis y los métodos activos de educación. La rutina provocaría el fracaso de esta reforma. Sin acortar los programas, se marchaba hacia el absurdo, estudiando los mismos textos en períodos más cortos. Ahora, tras larga indecisión, el nuevo modelo se impone. Y esperamos que los nuevos maestros —pioneros del nuevo ideal— lleguen a la

³ Después de esta reforma, el gobierno de Pardo llamó a profesores extranjeros. Y un escritor francés, bastante conocido por sus traducciones de Fiore y por su obra, Pradier Foderé, crea en Lima la Facultad de Ciencias Políticas, según el modelo de la Escuela parisina fundada por Taine y dirigida por Émile Boutmy.

búsqueda de lo esencial en educación, a fin de hacer más intenso, flexible y verdadero el régimen de la instrucción secundaria.

Los mismos defectos que Le Bon encontró en la educación francesa —el culto a la memoria, el olvido de la observación y la práctica⁴— se dan actualmente en la educación peruana. Ni el sentido de la historia, ni la lenta y minuciosa observación, ni el empuje de una filosofía fuerte y profunda, existen en el marco monótono de una educación bizantina, separada de los hábitos escolásticos del período colonial para quedarse en el ambiente inflexible del clasicismo, de una retórica caduca y de una filosofía añeja (rancia y trasnochada). Estamos obligados, gracias a esta insuficiencia educativa, a rehacer personalmente y en desusado esfuerzo nuestra instrucción secundaria. De allí los esfuerzos de educación individual, que no llegan sino a formar individualidades incompletas. Ni la curiosidad, ni el esfuerzo, ni la reflexión sobre las cosas son productos de un sistema que tiene todos los defectos de una limitación, sin las virtudes de la adaptación científica.

La preparación especial en las Facultades universitarias de Letras y Ciencias ha tenido más éxito. Es ya un poderoso elemento de reforma, una fuerza viva en el viejo organismo universitario. Patria de doctores, nación de mandarinazgo político, en la que los abogados han sido siempre dueños del gobierno, los directores de la máquina administrativa y fiscal, nuestra nación está actualmente formando para el futuro espíritus más abiertos y científicos.

El espíritu jurídico, abstracto y formalista, y una cultura unilateral y estrecha fueron otrora los defectos de esta hegemonía de litigantes y de hombres de foro. Ser abogado era ser político, legislador, financiero o crítico de presupuesto. Los estudios filosóficos y de ciencia social e histórica figuran, de ahora en adelante, en la preparación para estudios jurídicos. En la antigua Facultad de Derecho, los nuevos programas consideran la sociología y el estudio de la evolución de las formas jurídicas,⁵ y a pesar de que la reforma es reciente, encontramos ya nuevas orientaciones en la juventud universitaria.

La Universidad tiene una tradición escolástica, ya que en sus inicios su educación fue enclaustrada y jesuítica. En un tiempo fue renova-

⁴ Ver *La psicología de la educación*, que critica los vicios latinos más que los franceses. El autor opone constantemente el tipo anglosajón al método francés.

⁵ Esta orientación es notoria en el curso de Filosofía del Derecho, de Villarán, el que se inspira en todos los nuevos aportes de la sociología y de la filosofía positiva. Apunta hacia un positivismo amplio, complementado por un idealismo profundo y, por esto, recuerda la escuela italiana de Derecho y al gran maestro Icilio Vanni.

dora y liberal; pero hoy en día, tras un siglo de vida independiente, la institución venerable por su antigüedad y la nobleza de sus tradiciones, primogénita de Salamanca, conserva la rigidez de la vejez y la lentitud en sus reformas. Muchos de los esfuerzos de renovación y de dotarla de nuevo espíritu han fracasado. No sólo las ideas son anticuadas, sino los métodos y organización de los cursos, que tienden hacia la rutina, favoreciendo la quietud intelectual. No posee la unidad francesa en la que los colegios integran un sistema extendido y organizado. Separada de los grados inferiores de instrucción, y a pesar de ser su culminación, no sabe dirigir ni coordinar sus esfuerzos, ignorando su misión nacional. Asimismo, su influencia es nula como fuerza educativa. Sin ideal republicano, sin espíritu de progreso, demasiado ligada al pasado, sólo brinda una instrucción incipiente y primitiva. Mitad escolástica, mitad moderna, no se perciben rasgos definidos ni direcciones fecundas.

Felizmente, encontramos un fermento, una inquietud interna, pero poderosa, que parecería actuar en nombre de nuevas ambiciones nacionales. Una generación de nuevos maestros intenta destruir modelos ya prescritos. Su acción, en doble sentido, converge en un objetivo común: el espíritu nacional y el espíritu científico. Separada por un extraño muro de la actividad del país, actualmente tiene un objetivo que se define cada vez más, hasta convertirse en idea-fuerza. Es un ideal democrático y liberal, una continua reflexión de la ciencia universitaria sobre las realidades circundantes de la vida, una crítica de la actualidad social y política, sin los prejuicios de camarilla cerrada. Es la preparación del futuro mediante un esfuerzo nacional. Añadamos a esto las características del espíritu científico, un positivismo más o menos difundido, un ensayo de nuevos métodos, un verdadero «modernismo» intelectual, un análisis y adaptación de los nuevos logros científicos de Europa. Conocemos y seguimos —sin reservas ni objetivos unilaterales— todas las corrientes intelectuales.

Un gran maestro, por su brío y ciencia más que por su fuerza conductora y su contacto con la nueva juventud —Alejandro Deustua—, nos recuerda la labor de los maestros franceses; como un Lavisse o un Liard, ha inspirado esta renovación, en la que Javier Prado a través de su notable tesis de filosofía y de una activa enseñanza ha sido, desde 1891, actor brillante y generoso. Asimismo, a través de iniciativas individuales, siempre tendentes hacia la renovación, jóvenes maestros como Odriozola, Prado, Villarán, Olaechea, Manzanilla, Cornejo, contribuyen —en bella emulación— al renacimiento de la educación universitaria.

Preconizando métodos activos, despiertan el pensamiento y la crítica. El imperio de las fórmulas, las estereotipias científicas, la repetición y la memorización infecunda parecen haber terminado para siempre.

En una etapa de nuestra historia, la acción de los maestros fue viva. Herrera, Gálvez, Lorente y Valdivia actuaron intensamente sobre la juventud, formando doctrinarios y liberales. Esta influencia de algunos maestros ilustres fue a veces excesiva, formando individualismos demasiado exclusivos y definidos. La época en la que la libertad y la discusión eran mediocres y las orientaciones del pensamiento casi uniformes en cada sentido, creándose un marco monótono: liberal o conservador; una lógica rígida, el condicionamiento intelectual, aun la novedad de algunas doctrinas más predicadas que enseñadas por un grupo de eminentes maestros, amenazaban sojuzgar los espíritus. Las actuales influencias son mucho más libres y sugerentes. Una mayor libertad, el conocimiento más extenso y variado y una cierta soltura en la discusión han cambiado el carácter de la acción de los maestros. Estimulan y favorecen, mas ya no dominan los espíritus.

* * *

La instrucción primaria, siempre reducida al mínimo, al arte de leer y escribir, al cálculo elemental y a la doctrina cristiana, ha sufrido profundas modificaciones. Las escuelitas diseminadas en el país, incapaces de realizar el deseo republicano de instrucción obligatoria con maestros ignorantes y mal retribuidos, tenían el aspecto de pequeños cuarteles en los que debía marchitarse la juventud popular. La escuela no tenía ideal: era ambiciosa en los programas y nula en sus resultados. No se encontraba nada serio: ni especialización esmerada, ni cultura democrática, ni espíritu moral y cívico. La inexistencia de Escuelas Normales era una de las causas de esta lamentable limitación. Encontrábamos, formados en prácticas deficientes, repetidores sin cultura y a veces sin conciencia, en esta escuela convertida en humilde, vergonzante y banal. En cuanto a los aborígenes, su ignorancia era y es todavía más acentuada. Dominados por un régimen que desconocen, en estado servil bajo la autoridad feudal del *cacique* y conducidos por dos autoridades —religiosa y política—, en audaz objetivo de explotación, forman una colectividad marginada dentro del contexto nacional. Son los *capita minora* de la tutela política. También la instrucción del indio es un ideal que jamás ha considerado la realidad.

Actualmente, comenzamos a reaccionar tenazmente contra este régimen de servilismo, de mediocridad educativa y de ignorancia. La política actual tiene dos características: es económica y educadora. La reforma de la instrucción primaria es completa y real. Hemos centralizado el servicio antes brindado por las comunas, fundando una Dirección de Educación Primaria, inspirada en el modelo francés, lo que se ha acompañado del incremento del número de escuelas, la intensificación de la preparación escolar y la creación de Escuelas Normales. Hoy en día, hay más niños a educar en escuelas de construcción moderna, alegre e higiénica; más maestros formados en los métodos pedagógicos modernos, portadores del mismo ideal para todas las escuelas peruanas. Los programas han sido reestructurados en un plan más práctico y racional. La escuela se acerca al tipo francés de enseñanza primaria superior. Maestros extranjeros —en su mayoría belgas— son el centro de este movimiento inmediato y total de reformas. Por lo tanto parece que, en la culminación como en la base —en la universidad y en la escuela—, hay una notable transformación destinada a un nuevo y glorioso futuro.

Igualmente, un ensayo de instrucción profesional e industrial y práctico, adaptado a las necesidades locales, diferente en cada región, es algo más que una esperanza de educación especial. En un país en el que la dirección positiva e industrial está constantemente extendiéndose e intensificándose, en el que la mano de obra es buscada, pero rutinaria e ignorante, el exceso de bachilleres atenta contra el equilibrio de la actividad nacional. Una educación con objetivo práctico y especial que sea una preparación general para la vida, así como una formación para el taller o el campo, para la labor material y cotidiana, es una necesidad tan perentoria como la de la enseñanza primaria. Hace más de treinta años que una Escuela de Artes y Oficios —desafortunadamente efímera— inició este tipo de instrucción. La tentativa se renueva en un sentido más amplio. Finalmente hemos comprendido que «la habilidad técnica, que otrora fuera producto de una habilidad especial, más bien mecánica y manual, exige actualmente inteligencia y conocimientos».⁶ Los cursos prácticos de electricidad, de mecánica, dibujo, una escuela especializada de agricultura y un aprendizaje derivado de la observación, brindados en escuelas equipadas con material moderno y completo, son la contraparte científica del desarrollo de las fuerzas económicas del país. Todavía no conocemos, en ausencia de experiencia bien conducida, las

⁶ A. Millerand, «La enseñanza técnica o profesional», en el libro *Enseñanza y democracia*, París, 1905, p. 174.

facultades de invención del peruano, ni su capacidad de producción. A partir de ahora, el problema está planteado y la instrucción profesional aportará la solución necesaria para una acción futura.

Sería mucho pedir a la universidad y a la escuela, a la enseñanza de colegios y establecimientos profesionales, que nos dieran una orientación consciente o un ideal; no llegaríamos a descubrirlos. Hemos imitado sin depurar y sin objetivo definitivo; hemos reunido miembros dispersos, sin preocuparnos de la coordinación o de la lógica. ¿Cuál es el espejismo obsesionante, el objetivo de todos los esfuerzos? ¿La formación de una aristocracia intelectual, de una república centralista, de una democracia predominante igualitaria, de una oligarquía fundada sobre los escombros de las familias patricias, de una nación industrializada, de un país regionalista de espíritu local, de religiosidad ingenua y tradicional? No sabríamos decirlo. No tenemos ideal ni orientación deseada y organizada, sólo encontramos una marcha inconstante que obedece a la fuerza de la tradición. El precepto latino y católico es el trasfondo de esta tradición. El progreso escapa a esta fuerza arraigada e inquietante. Tenemos mucho por hacer para terminar con sus duraderas manifestaciones. Tendemos, todavía y por largo tiempo, al autoritarismo, la ausencia de sentido crítico, la ideología absoluta, las verdades tradicionales, la retórica hueca, el gusto superficial por la imagen y la forma caducas.